



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

La ciencia moderna.

SAYA un ejemplo de lo que es la buena prosa! Desafío al más agudo de mis lectores á que me ponga en claro lo que quiere decir el señor Valera en el siguiente párrafo:

“Convengo en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencia; pero los científicos andan buscando la *ciencia*, esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en

el trono como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica ó no es nada.,,

No lo entiendo.

Supongo que esto querrá decir que los empíricos, *renegando* de la metafísica, andan buscando la *ciencia* para colocarla en el trono como reina. Esta ciencia que se busca será la *positiva*, la *natural*, la *moderna*, la que parte de los hechos.

Pero es inútil empeño, porque los hechos, hasta como punto de partida de la filosofía, se parecen á las aguas del Jarama, de las cuales se dice "que embrutecen y hacen pobres.,,

El sistema aristotélico de Santo Tomás de sacar lo inteligible de lo sensible, es á la vez materialista y panteísta. Si lo sensible es igual á lo inteligible, el espíritu es materia; y si lo inteligible es igual á lo sensible, todo es uno y lo mismo. En esta parte son iguales en materialismo Aristóteles, Santo Tomás, Locke, Kant, Valera y sus partidarios del Ateneo, que dan por inútiles la metafísica y el arte.

Hace pocos días que el señor Salme-

rón vió á nuestro amigo el señor Verdes Montenegro jugar por la mañana al billar. Al día siguiente volvió á verle jugar por la tarde, y le dijo:—"¿Es que se pasa usted la vida jugando al billar?," El ilustre filósofo quiso sacar de dos hechos singulares una regla general, y se equivocó, por no haber tenido presente aquel principio, tan repetido en esta polémica, de que "*los particulares no hacen ciencia.*,,

Se puede jugar dos días seguidos y á diferentes horas, sin que sea racional suponer que se está jugando toda la vida.

La metafísica es filosofar en abstracto. Querer suplantar la metafísica con el conocimiento de los hechos, es querer sustituir el resplandor del sol con la luz de los candiles.

Ni los hechos mismos se pueden ver con los ojos de la cara, si al mismo tiempo no se tienen puestos en las ideas los ojos del alma.

Y entremos en materia:

¿Qué es la ciencia positiva moderna? Lo mismo que la antigua: una pesadilla de sueños groseros. Lo que será en el

porvenir al disolverse este globo terráqueo, donde tantos disparates se escriben cuando se quiere hacer ciencia sin metafísica, ó se pretende apreciar las cosas sólo por las aprensiones gratuitas de los sentidos corporales.

La grande invención de la ciencia moderna es una reproducción de la antigua *alma material* del mundo que anima á todos los seres de la creación, y que hoy, más avisada que ayer, tomando esto y repugnando aquéllo, va escogiendo lo mejor, matando á los padres viejos en honor de los hijos venideros, y en millones de millones de años—que sólo las matemáticas de los profesores del Ateneo, Calderón, Vilanova y Pérez Arcas pueden calcular—llega de grado en grado y de selección en selección, á crear, según la doctrina darwiniana, unos seres humanos que por boca del señor Valera aseguran que sólo la ciencia positiva es útil, racional y conveniente, y que la metafísica y la poesía, la idea madre y la hija creadora, son dos cosas completamente *inútiles*.

La escuela darwiniana ha tomado sin

duda de la Academia Española el lema "limpia, fija y da esplendor," pues *limpia*, por selección *inconsciente*, *fija*, por la herencia de lo más selecto, y da *esplendor* á los seres pasándolos de cloaca en cloaca, hasta cumplir la ley de la perfectibilidad.

Y al hablar del lema de la Academia Española, aplicado á esa ley que, ensartando cosa con cosa, va haciendo un rosario de cuentas atadas caprichosamente, me acuerdo de don Antonio de Valbuena, que ha emprendido una campaña de desconsideración contra los académicos, porque dice que hacemos definiciones malas.

¿A que él no es capaz de hacer una sola buena? Y con esto no trato de ofenderle, pues ya decía nuestro amigo, el señor Escosura, que si los hombres hiciésemos una buena definición, no le quedaba nada que hacer al que todo lo sabe.

¿Por qué no sigue fustigando el señor Valbuena á esos prehistóricos impíos que, en odio á la tradición mosaica, hozan en la costra de la tierra para buscar fosilificaciones antiádámicas?

¿O cree más provechoso para sus creencias religiosas defender á la gramática de nuestras irregularidades, siendo así que nadie nos defiende á nosotros de las irregularidades de la gramática?

El señor Valbuena debía insistir en dar su opinión sobre esa ciencia moderna que niega la *inmortalidad del alma*, la *vida futura*, la *libertad del hombre* y la *personalidad divina*; y algunos de esos adjetivos que usa contra nosotros, y que ya son risibles de puro vulgares, aplicárselos á algunos clérigos que no se espantan del darwinismo, y que hacen gestos de desagrado cuando leen alguna dolencia en que se pide para las mujeres la supresión de las penas eternas, como si yo no fuese dueño de creer que ni las mujeres deben ir al infierno, ni los tontos al cielo.

Esas *historias de la creación*, calcadas sobre la del llamado *divino* Hæckel, de quien sólo por ironía se puede decir que es un hombre divino, son los objetivos adonde debían dirigir sus ataques los críticos religiosos como el señor Valbuena, y dejarse de satirizar á una corpora-

ción, la cual, á excepción de Zorrilla y yo, que somos los dos más grandes holgazanes de la tierra, se compone de ilustres hombres de Estado, de sabios, de eruditos y poetas, que con su laboriosidad y su inteligencia sostienen la antigua dignidad de este idioma español, que, como decía el gran Carlos V, es la lengua más propia para hablar con Dios.

Y volviendo á la ciencia de temporada, más bien que contemporánea, sigo diciendo que, después de desterrar del Ateneo la lira de los poetas, quedando en él como única bandera el mandil de los naturalistas, abundarán allí las discusiones sobre los organismos informes que por una fuerza evolutiva, propia de la creación, hacen que de grado en grado lleguen las cosas desde la mónera hasta el hombre. ¿Y qué es la mónera? me preguntará el lector. Mónera es una especie de ostra que parece mascada, y escupida después por su mal sabor, y formada, según Hæckel, por simples *compuestos inorgánicos*, como son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe. ¿Y qué son estos *compuestos simples*? me vuelve-

rá á preguntar el lector. Yo lo ignoro completamente; pero ya nos lo dirá en las discusiones del Ateneo mi ilustrado amigo el señor don Laureano Calderón; porque, si cuando estudiábamos juntos química aplicada á las ciencias médicas, bajo la dirección de nuestro inolvidable maestro el señor don Manuel Rioz, no lo sabía, hoy, iluminado por las presencias naturalistas, que le han enseñado á hacer ese inmenso embutido científico que comprende *desde el principio hasta el fin de la vida*, lo sabrá seguramente, aunque lo dudo mucho.

Pero al llegar aquí se me ocurre preguntar: ¿no es verdad que parece que los evolucionistas dicen en broma las cosas que yo voy refiriendo con toda formalidad?

La ciencia actual sigue los derroteros que le ha trazado la antigua canalización de la tontería humana. Ya Demócrito resucitó la vieja teoría de que los átomos corporales son el principio único de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados.

Los emanatistas y los panteístas afir-

man que Dios hizo nacer de sí mismo la materia y la forma del mundo.

En todos estos sistemas sobresale lo ontológico ó metafísico, considerando al ser en abstracto como una cosa ideal. Pero en la nueva ciencia lo ontológico se convierte en fisiológico, y el ente metafísico es un *ser físico*, que, por una fuerza espontánea y material que le es propia, en la *Historia general humana*, con los pies manchados de toda clase de pringues, va subiendo de peldaño en peldaño toda la escala zoológica, desde la mónera, que es una creación menos ideal y menos limpia que los átomos dotados de fuerza cósmica de Epicuro y de Demócrito, y siguiendo por las *anchoas* y la *babosa ó caracol sin concha*, hasta llegar al *tiburón*, que creo que es el undécimo abuelo del hombre, mete, por último, en este embutido carne de *sapo*, de *cucaracha*, de *rata* y de *abejorro*, y hace así esa inmensa longaniza, que empieza en una destilación membranosa y acaba en el orangután, padre del hombre. Según cuentan los periódicos, esas hipótesis, que dan asco, las aplauden á rabiar

todos los que se frotan las manos de gusto al oír decir que la forma poética *está llamada á desaparecer*.

Y por supuesto que los hombres de la ciencia positiva hasta para fabricar esa larga salchicha de la genealogía del hombre, imitan los procedimientos de la metafísica, inventando paralelamente á la *ley de la evolución*, unas leyes auxiliares tan arbitrarias como éstas: ley del *medio ambiente*, ley de la *selección sexual*, ley de la *herencia*, ley de la *correlación* del crecimiento, etc.

¿Y qué es la ley del *medio ambiente*?

Pues debe ser una ley por la cual el que respira un elemento que le es propio, vive; y el que no, se muere. Es decir, que, hasta ahora, nadie sabía que el ave no puede vivir en el agua, ni el pez en el aire.

La ley de la *selección* es una especie de tonto discreto, alma ciega de la naturaleza, que así como nosotros los agricultores, á fuerza de exagerar el cultivo, convertimos una clavellina del campo en un clavel reventón valenciano, esa alma *inconsciente* sigue por las entrañas

de la tierra separando *conscientemente* lo imperfecto para asimilarse sólo lo perfecto, hasta llegar á los animales, á los cuales se les cae la cola por obra de la selección.

Esta ley es completamente falsa, porque, con la selección, á todos los objetos perfeccionados les sucede lo que á las rosas demasiado grandes y bellas, que, con el esmero en el cultivo, los órganos sexuales abortan y se convierten en pétalos, muy hermosos, eso sí, pero infecundos. Y la prueba de la ineficacia de la *selección* sexual está en los pueblos en que se autoriza la poligamia y donde se escogen para los harenes las mujeres más hermosas del mundo. Allí, ¿qué sucede? Que los mahometanos resultan más enclenques y más feos que nosotros, y lo mismo en la paz que en la guerra, viven sometidos á los hijos legítimos de los matrimonios cristianos, que, según la frase de Shakspeare, "son engendrados en el lecho conyugal entre un bostezo y un sueño".

La ley de la *herencia* dicen que es una facultad que tienen los seres de transmi-

tir sus cualidades y *perfecciones*. ¡Mentira parece!

Los hijos de los ingleses dejan de ser rubios cuando nacen en la India, y los melones de Foyos, trasplantados á Galicia, se convierten en calabazas á la segunda generación.

Los verdaderos factores que constituyen la ley de la herencia son estos tres progenitores: el padre, la madre y el clima.

La ley de la *correlación de las formas* ya es más complicada, y si no fuera porque al gran Cuvier se le escurrieron por los subterráneos del globo ciertas formas intermediarias, no ofrecería duda alguna el proceso natural de esta ley de las cosas, desde el salivazo albuminóideo, llamado *protoplasma*, siguiendo por ciertos bichos informes que ya tienen *ano* y *boca*, y concluyendo por esos animales, padres del hombre, cuyos corvejones se van convirtiendo poco á poco en rótulas ó choquezuelas. Y es lástima que se le hayan perdido á Cuvier las pruebas intermediarias de esta ley, pues por ella podríamos saber por qué Alejandro Magno

fue algo jorobado y lord Byron un poquito cojo.

La ley de la *evolución*, escogida como base de la filosofía de Spencer, es la más filosófica de todas, pues así como la larva se convierte en gusano, y el gusano en mariposa, los naturalistas se han lanzado al campo de la especulación, imitando á los metafísicos, y de un fenómeno restricto y vulgar han querido deducir, ó, mejor dicho, inducir una ley universal. ¡Pretensiones metafísicas de físicos ilusos! Una síntesis suprema, como la pretendida ley de la evolución, no puede hacerse con hechos, porque los hechos no son ideas, sino cabos de ideas.

En el orden de los fenómenos, cada cosa lleva en sí su finalidad especial, y es inútil querer enchufar unos objetos con otros para obligarlos á tener una finalidad sintética común.

Pero al leer esto dirá el lector: si se habían de traer á discusión en el Ateneo, para suplantar á la metafísica y al arte, estos *sueños de la materia* de Hæckel, estas intuiciones de ateneístas partidarios de Cuvier, estos *presentimientos* de

muchos darwinianos, estas *fantasías*, en fin, escritas y habladas en tan mala prosa, ¿por qué motivo se ha expulsado del Ateneo á los pobres poetas? Sueños por sueños, ¿no son preferibles los raptos líricos de los hijos de Apolo á las invenciones de los Haeckel, divinizadas por ciertos manipulantes extranjeros, y de los cuales ya decía el marqués de Valdegamas "que tienen muy buenas manos para hacer chanfaina,,"?

Y hecha la prueba positiva de lo arbitrario de esta ciencia, vamos á hacer la prueba negativa; si es que estas cosas no les levantan el estómago á mis pacientes lectores. Después de desdoblado el árbol genealógico del hombre por medio de la evolución, en sus veintidós grados, desde la mónera, pasando por la lombriz y llegando hasta el divino Hæckel, volvámoslo á doblar por un procedimiento inverso de desevolución, y así se verá el origen deshonrable de esta especie simia llamada hombre, que Dios sacó de la nada hace tres ó cuatro días, según Moisés, y hace millones de años según los naturalistas del Ateneo.

Con motivo de la discusión de que la forma poética está llamada á *desaparecer*, cierto ateneísta de inspiración naturalista ha llegado á pensar que, suprimidas la metafísica y la poesía, ó sea el ritmo y las ideas, se podría efectuar ese fenómeno de atavismo que el vulgo llama *salto atrás*, y empezaría una *contra-ley*, ó *retroceso sociológico*; y que así como antes esa fuerza autogénica de cada cosa que, según la expresión del panteísta Schelling, *duerme* en el mineral, *sueña* en el vegetal, *siente* en el animal, *piensa* en el hombre; este hombre, retrocediendo, comenzaría á hablar en una prosa sin música y sin arte, que sería igual al graznido, é involuntariamente se inclinaría hasta ponerse en cuatro pies para igualarse á sus congéneres, y después, avergonzado de pensar y de sentir, y con la savia que recibiera de la humedad del suelo, se convertiría en un mono, con rabo ó sin rabo, como el padre del hombre darwiniano; éste se arrastraría y volvería á ser *lagartija*, que parece que es el décimo abuelo de los que piensan que la poesía debe desaparecer, y, después de

obstruídos de nuevo la *boca* y el *ano*, seres informes engendrando á seres más informes todavía, macerados de pantano en pantano, volverían á formar el primitivo *protoplasma*, ese escupitajo, digno del garguero de un demonio burlón que ni piensa, ni siente, ni padece.

Casi estoy por confesar que este retroceso orgánico sería menos ignominioso, y me parecería más limpio que la ascensión de la *cucaracha* á miembro de literatura del Ateneo, donde, bajo la dirección del señor Valera, como el chocolate sin cacao, se pretende hacer literatura sin poesía y ciencia sin metafísica.

Y antes de concluir, debo confesar que no sé si habrá sido completamente exacto al diseñar los rasgos de la fisonomía de la ciencia moderna, marcando bien sus saltos de trampolín; porque yo, como todos los ignorantes, no suelo tomar nota de las cosas que leo; pero me consuela la idea de que en el curso de esta polémica ya me rectificarán, por conducto del señor Valera, los sapientísimos señores Calderón, Vilanova y Pérez Arcas, amigos míos más viejos de lo que ellos y

yo quisiéramos, y, en último resultado, como decía el insigne Lorenzana: "¿Para qué sirve un amigo si no sirve para que se le pueda calumniar?,"

Tengo que hacer, además, otra confesión, y es que, al condenar esta síntesis, que cree suprema la ciencia moderna, no es que yo me niegue á reconocer los adelantos científicos de los buenos, de los Edisons actuales, que á fuerza de tanteos sobre los hechos dan golpes de fortuna y adquieren éxitos colosales é inesperados. Lo que creo es que cierta clase de inventores, que suelen morir sin calzones, si alguna vez soplan en la flauta que suena por casualidad, son tan sabios como los albañiles que, al derribar los tabiques de las casas, encuentran tesoros que han dejado allí escondidos los compañeros del rico avaro del soneto de Argensola.

Y ¡adiós, divina metafísica y santa poesía, delicia de mi juventud y consuelo de mi vejez! Estáis *llamadas á desaparecer* de entre los vivos por las cacatúas de la prosa y por los descendientes del mono de Darwin. ¡Dormid en paz, arrulladas

por el *gori-gori* del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

C.



ÚLTIMA RÉPLICA Á CAMPOAMOR

Mi querido amigo: Ahora sí que voy á replicar á usted por última vez, y á terminar esta polémica, sin que valga para continuarla pretexto alguno. El tema es fecundísimo: casi inagotable. En tono de broma pudiéramos ambos decir cosas muy serias é importantes en el fondo; pero yo recelo que nos tiente y solevante el diablillo de la vanidad; que vaya la broma al fondo, y que lo serio venga á la superficie, y no sea filosofía ni literatura, sino desabrimiento y enojo. Entonces tendría razón *Clarín* para afir-